

nefasto principio y la raíz venenosa de las castas. Livia personificaba todos los peligros de la herencia cesárea, teniendo toda la perversidad de que puede ser capaz la naturaleza humana. Llegar al poder por la herencia y asegurar la herencia por el crimen era todo su pensamiento. Así, como ya hemos dicho, al llegar á la vejez, volvió los ojos la implacable matrona á la familia imperial y se propuso sustituirle su propia familia, aun á riesgo de perpetrar los mayores crímenes. El emperador no tenía hijos varones, pero tenía nietos, muchos nietos. Todos caerán segados por la guadaña de Livia, terrible y glacial como la muerte. Obstáculos á su ambición serán vencidos; muros entre el poder y sus ávidas manos serán fríamente derribados. Los más odiados eran los más cercanos. Así Julia, hija de Augusto, dotada de inteligencia y de gracia, centro de la buena sociedad romana, Julia parecía como el reverso de Livia; sencilla ésta, y aquélla lujosa; austerísima ésta, y aquélla sensual; ésta casera, y aquélla mundana; pensando siempre la esposa del emperador en la política, y la hija en los placeres; la esposa en satisfacer su ambición, y la hija en saciar sus sentidos.

Derribado este primer obstáculo, ya era fácil derribar todos los otros. Pueden los nietos ganar el corazón de su abuelo y hacer olvidar con sus gra-

cias las desgracias de Julia. Pues desaparecerán los nietos también. ¿Qué obstáculo material ni qué remordimiento moral bastaban á impedirlo? Livia había sacrificado al joven Marcelo, sobrino de Augusto, cantado por Virgilio, hijo de la dulce Octavia, aquella mujer que en tiempo del triunvirato se interpusiera en los odios de los triunviros como numen de paz y como genio de reconciliación y de armonía. Marcelo, delicia de su tío, esperanza del Imperio, objeto de culto para toda la sociedad romana, se extinguió á los veinte años, de una manera misteriosa, cuando lo exentaban de la edad exigida para el pontificado y el tribunado, y lo apercibían así á la sucesión inmediata en la suprema autoridad imperial. Durante su enfermedad hay un seguro indicio de su muerte. El médico que curaba á Marcelo era el mismo médico de Livia. Y con la muerte de Marcelo esta furia quita un competidor temible á su hijo en la herencia y se quita ella misma una rival temible en la amistad del César, porque con la muerte del adorado joven aleja á la hermana de Augusto, á la virtuosa Octavia, de la corte y de sus ambiciones, y la lleva á esperar en el dolor y el llanto la hora señalada por el destino para reunirse con el fruto de sus entrañas en los Elíseos Campos. Y así desaparecerán todos cuantos tengan que ver algo con la herencia de Augusto.

Nadie puede explicarse la muerte de Agripa en la flor de la salud y de los años; Agripa, yerno del emperador, su general, su ministro, su heredero. Y nadie tampoco la muerte de los nietos de Augusto. Lucio César se extingue de una enfermedad misteriosa en Marsella. Cayo César recibe una ligera rozadura de débil flecha en las guerras asiáticas, y sucumbe, no al dolor de su herida, á las curas de Lolio, amigo íntimo de Livia. Ya sólo queda Póstumo, único náufrago en aquella tormenta, único sobreviviente de la muerte universal que en los herederos del Imperio muerde. Livia emponzoña la voluntad y ánimo del abuelo en tales términos contra el nieto, que lo expide á Sorrento, y luego á una isla desierta, no obstante ser último vástago de la familia cesárea. Por manera que recibir el nombre de César, llevar en la sangre su autoridad y su imperio y tener en las venas el privilegio del gobierno sobre la humanidad, pertenecer á una casta de dioses que contaran súbditos y cortesanos, adoradores y templos, lejos de resultar título para vivir, ¡ah! resulta motivo para sentir perpetuamente la existencia celada por esbirros y la muerte disuelta en los brebajes de los envenenadores y en las arterias de los médicos; horrible compensación á la omnipotencia.

Estas melancólicas reflexiones debieron asaltar

al emperador Augusto cuando al fin de sus días, preservándose de Livia como de siniestra sombra, corre secretamente á la isla donde ha confinado su nieto Póstumo, y lo abraza, y lo besa, y le empapa el rostro de lágrimas, como si con aquella efusión quisiera contrastar todas las flaquezas de su voluntad y borrar la criminal aunque indirecta participación que ha tenido en la muerte de todos los suyos. Mas ¿dónde irá el emperador que no le siga la sombra de su Livia? ¿Dónde se ocultará que no le halle la siniestra mirada de aquella ave nocturna? Livia está á su lado en el gabinete ó cubículo de trabajo; Livia en la litera de paseo; Livia en los consejos del gobierno; Livia en el sueño y en el reposo. No es más que un esclavo de Livia el señor de la tierra. Su esposa lo tendrá en perpetua tutela, y con él tendrá en tutela también á toda la humanidad: que tal es nuestra suerte cuando nos desasimos de las leyes y de las instituciones para entregarnos á la vieja arbitrariedad de los poderosos. Livia sabe que Augusto ha ido á ver á su nieto, y por lo mismo que todo lo sabe, no le pregunta nada en su regreso. El mayor medio de gobierno que tenía la matrona se hallaba en sus muestras de subordinación perdurable al esposo imperial y en su menosprecio de las apariencias del poder. bastándole por completo la satisfactoria

realidad. Así ninguna investigación imprudente sobre los viajes de Augusto. Pero desde que ha llegado á cerciorarse de su objeto, prepárale otro viaje más largo. El único romano que acompañó al emperador muere súbitamente. Y á la mañana del regreso, en los jardines de Nola, su mujer ofrece á Augusto el manjar por excelencia del verano en los campos meridionales, aquellos higos destilando miel que los atenienses ponían sobre todos los frutos de la tierra. Augusto los come con placer, á pesar del estado de su vientre, y Livia le acompaña. Mas cualquier observador hubiera podido distinguir fácilmente que ésta cogía los higos para el emperador de unas ramas y los higos para sí de otras ramas en la fatal higuera.

Cuando Augusto sintió que se moría llamó á los cortesanos y á los amigos presentes. En ningún sér nacido se cumplió como en él aquella sentencia, la vida como la muerte, y tal la muerte como la vida. Viéndose pálido y demacrado, se compuso el rostro y se arregló los cabellos al espejo, como una cortesana, fingiendo benévola y fina sonrisa. Hipócrita, y artero, y doble, y astuto reveló á la posteridad y á la historia el juicio definitivo sobre su vida, que le pesaba en la conciencia. Republicano de nombre, dictador de veras; con todas las apariencias de la libertad en su gobierno y todas

las fuerzas del despotismo en su persona; falsificando el tribunado, y el consulado, y la censura en una falsificación gigantesca para que Roma pasara de la república á la tiranía sin advertir su paso, la vida de Augusto fué una prolongada comedia. Así lo confesó públicamente y así concluyó pidiendo, á guisa de consumado actor, el consabido aplauso á su consumada habilidad en la representación de aquella farsa.

Cuando hubo despedido á sus amigos quedóse completamente sólo con Livia, con su mujer y su verdugo. La obra de cuarenta años podía perderse para la matrona romana en cuarenta minutos. El ministro de su ambición era la muerte. Decretóla y expidióla inmediatamente al desterrado Póstumo, que espiró el día 19 de Agosto del año 14 de nuestra era, es decir, el día mismo que Augusto. Luego Tiberio estaba en Grecia cuando su predecesor iba dejando la vida. En el intermedio de uno á otro reinado podía renacer la república, que se hallaba como guardada en todos los corazones; despertarse la libertad, que estaba dormida y no muerta; recordar el pueblo romano sus perdidos derechos; rehacerse el Senado y recuperar el gobierno; querer los patricios la ciudadanía y no la esclavitud; salir algun retoño de Bruto por aquellas cenizas tan fecundas en tribunos y en héroes. Livia mandaba

correo tras correo á su ausente hijo, conjurándole para el pronto regreso y diciéndole que el pueblo debía saber á un tiempo la muerte del emperador y la exaltación de su heredero, á fin de que ni un minuto pudiesen respirar libremente Roma y la tierra. Después de haber acelerado la muerte de Augusto, quería detenerla, como si imperase en la naturaleza cual en la sociedad imperaba. Sus ojos se suspendían á los ojos vidriosos, sus labios á los labios cárdenos, su pecho al pecho destrozado, los latidos de su corazón á los resuellos de aquel gran moribundo, como para darle un soplo de vida todavía con su aliento. Augusto, que engañara á la tierra, vivió y murió engañado por una mujer artera. En la suprema hora, en la última agonía, debió sentir, para colmo de su engaño, que se doblaban la solicitud, el cariño, el pródigo cuidado de Livia. Y era porque Livia no había contado bien el tiempo y se encontraba con una muerte algo prematura en la combinación de sus proyectos. Y Augusto perdía por completo el conocimiento, gritando que veía entrar cuarenta jóvenes en su cubículo para llevarse en hombros. Pero luego recobró el conocimiento, invocó varias veces á Livia, bendijo el recuerdo de esta mujer amada y recibió tranquilamente sobre sus párpados entornados el eterno sueño. Livia recorrió el cuarto en todas direcciones, se aso-

mó á la cerradura de todas las puertas y se dejó caer al pie de su esposo, decidida á no revelar su muerte hasta que no estuviera segura del próximo regreso de su hijo Tiberio. En cuanto su temor se ahuyentó, abrió las puertas de par en par, notificando á los cortesanos que Augusto había espirado y remitiéndoles el cuerpo. Mas habían pasado algunos días entre la muerte y la revelación de la muerte. Así les entregaba un cadáver podrido y pestilente como el Imperio.

Pero no pudiendo tolerar Tiberio la tiranía de su madre, dejó abandonada la Ciudad Eterna y se fué presuroso á su isla. Desde tal resolución reinó Livia como emperatriz absoluta en Roma, sin necesidad de mirar ni á la cara de su esposo ni á la cara de su hijo. Cuarenta años de incontestado poder habían puesto en sus manos resortes desconocidos. El Imperio no tenía para ella secretos, como la conciencia no tenía en ella escrúpulos. Consagrada muy de antiguo á mandar, ningún otro pensamiento ocupaba su inteligencia, ninguna otra pasión su pecho. Creída de que ella era la salud del mundo, creía también justo cuanto á conservarla se dirigiera. El destierro á lejanas tierras, la reclusión perpetua en oscuras cárceles, la muerte ó por los esbirros oficiales ó por los asesinatos domésticos, el veneno en las entrañas y la calumnia en las al-

mas, todo contra sus enemigos le era igual si conspiraba de cualquier modo al fin deseado, á la conservación y robustecimiento de su poder y de su fuerza. Lo que más tenía sobre el alma era la necesidad de divertir al pueblo de los graves pensamientos políticos para sumirlo en las alegres y continuas fiestas orgiásticas. Así lo apartaba de los ejercicios del alma y lo entregaba á las voluptuosidades del cuerpo. Con esto tenía á su arbitrio ánimos apocados y naturalezas pervertidas sin cuento donde arraigar con más vigor su despotismo, fino en la apariéncia como de astuta hembra, y en realidad cruelísimo é implacable, porque aquella hembra era fría como una horrible Parca. A los setenta años, la varonil mujer, sin que la pesadumbre de su edad le abrumase las espaldas ni los remordimientos le abrumasen el alma, sosteníase entera y erguida, superior á todos los trabajos, como pendiente de una idea cuya fuerza de atracción era inmensa, como pendiente del convencimiento que tenía de presidir por su genio á la suprema dirección del mundo y de llevarlo con esta dirección inteligente á seguro puerto. Así, cuando su hijo le rogaba que volviese á la vida privada, que se recluyera en su palacio, mirábalo con la mirada de las aves rapaces ó de las bestias carniceras. Y reunía los magistrados, los poetas los senadores

los patricios, los caballeros, á fin de lanzar agudos dardos á la persona de Tiberio en público y recordar indirectamente que Livia lo había engendrado, parido, criado, puesto en el trono, moviendo á su favor el ánimo de Augusto, siempre inclinado á detestarle; libertándole de sus innumerables competidores y rivales en la familia imperial; llamándolo á la cabecera de su antecesor en el instante supremo y único de recoger la herencia. El desacato llegó tan lejos, que se compusieron versos en la tertulia de Livia, diciendo á Tiberio que, general, se embriagaba de vino, y emperador, se embriagaba de sangre.

Cuando el emperador recibía los periódicos de Roma y echaba una ojeada sobre los contertulios de la emperatriz, pomposamente anunciados entre las más curiosas noticias, ya sabía que allí le reservaban una oposición implacable, parapetados sus enemigos tras la majestad de su madre. El senador se quejaba de que, siendo su dignidad más antigua que la dignidad de César, fuese también más despreciada; el tribuno se dolía de que, teniendo un veto para defender al pueblo, después que Tiberio usurpaba sus facultades, no podía inquirir ni dónde acababan sus derechos ni dónde comenzaban sus deberes; los jurisconsultos se reían de que en Roma nadie supiera los hechos vedados ni

los hechos permitidos; el satírico azotaba las malas costumbres alimentadas por los altos ejemplos, y el filósofo discurría sobre las virtudes perdidas con las instituciones antiguas, usando todos de unas libertades de lenguaje más latas ó restrictas, según que la madre estaba de buenas ó de malas con su opresor y opreso hijo. Pero si, en medio de estos atrevimientos de la palabra, excitados muchas veces por el vino, llegaban á creer que alguno de los presentes podía tener la alta honra de contarse entre los espías tiberianos, quedábanse todos helados y mudos de espanto. Cierta día que Tiberio dirigió algunas palabras duras al Senado, hubo un senador que allí mismo, en su privilegiada silla, se murió del susto. Y, sin embargo, veíanse muchos que no se resignaban fácilmente á perder sus epigramas, aun corriendo seguro riesgo de perder sus cabezas.

Lo cierto es que, alentadas murmuraciones corrientes en casa de Livia, los ciudadanos se asentaban al aire libre en los bancos de piedra circulares erigidos por las encrucijadas, y allí, entre los juegos de titiriteros, los ejercicios de perros, monos y hasta cerdos sabios, las canciones propias de la calle, los versos recitados por los poetas ambulantes, los gritos de los vendedores, los pregones de los anuncios, discurrían de política, pasaban revista á las magistraturas, descomponían la geografía del

Imperio, contaban anécdotas sobre la vida privada del emperador, y vertían las ideas más extrañas y las noticias más raras acerca de los diversos ejércitos diseminados por las fronteras y de sus continuas guerras. De pronto, la gran señora pasaba en su litera conducida por esclavos, y á la portezuela iba, peinado como una mujer, es decir, con la raya partida por mitad de la frente, vestido de ricas preseas, oliendo á todos los perfumes de Arabia, mostrando los brazos desnudos y afeitados, el joven epicúreo, galanteador y murmurón y dicharachero, el cual, entre un cantar de Egipto y otro cantar de España, y entre dos cuentecillos verdes y algunas anécdotas escandalosas, después de haber dicho quién era la querida del vecino y cómo se llamaba la manceba del transeunte, solía soltar con miedo, pero con gracia, algunas palabras de oposición al emperador y al Imperio. A lo mejor hacían algo más, deslizaban furtivamente un libelo que no se leía sino cuando el lector estaba expuesto materialmente á la muerte.

Durante algún tiempo Tiberio había resuelto no parar mientes en esta oposición, repitiendo ciertas palabras de Augusto que aconsejaban á los Césares curarse poco del mal que pudieran personalmente hacerles. Pero luego se fué indignando á medida que fué creciendo en autoridad y en poder.